



# Schumann

## un aniversario olvidado

**MARÍA TERESA CASTRILLÓN**

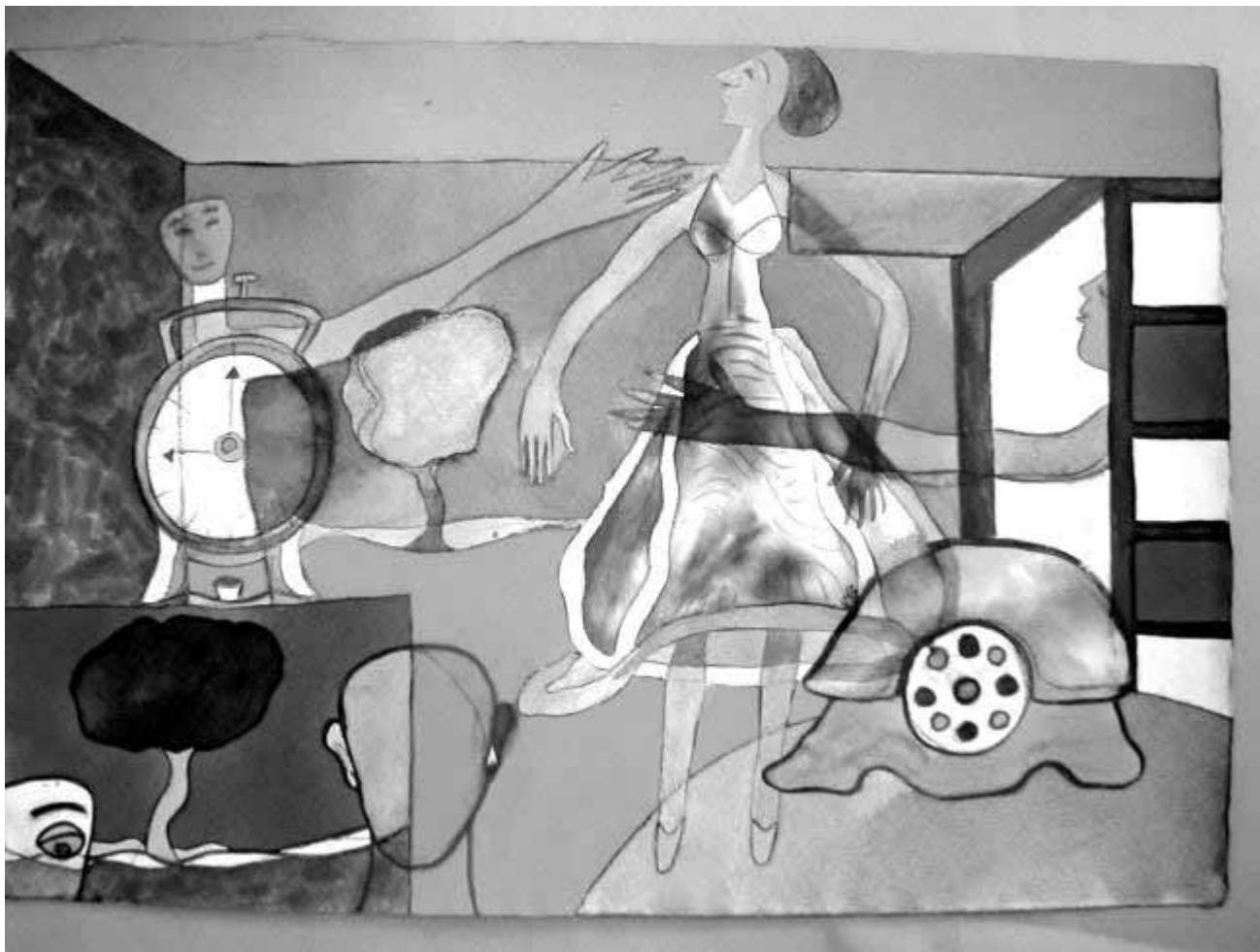
**E**ste Año se conjuntaron varios aniversarios importantes: Mozart (250 años de su natalicio), Schumann (150 años de su muerte) y Schostakovich (cien años de su natalicio), amén de que en Alemania se celebran los 170 años de la muerte de Norbert Burgmüller, muy especialmente en Dusseldorf de donde era originario, aunque aquí lo conocemos casi solamente por sus piezas para piano para principiantes y en Austria los 150 años del nacimiento de Freud.

De todos ellos naturalmente Mozart fue el que robó cámara. El “fenómeno Mozart” incluye no sólo la genialidad única desde que era niño prodigio hasta su muerte con el misterioso Réquiem, y prolongado después de su muerte hasta la eternidad. No hay quién no sepa quién fue Mozart y su música sea tal vez la más conocida. Por consiguiente, este año se llenó de Mozart por todos lados; no solamente en Salzburgo y Viena, sino hasta en la más pequeña ciudad, todos tributaron homenaje a Mozart.

Schumann por el contrario, quedó relegado injustamente. Incluso en la temporada de la OFUNAM se anun-

ciaban los conciertos dedicados a los aniversarios de Mozart y Shostakovich y se omitió a Schumann. Y es que Schumann es un genio más introvertido; no es para las multitudes; sucede como con el Lied y la Música de cámara, que son para unos cuantos, no todos lo pueden entender y apreciar. Sin embargo, como dice Mauclair en su extraordinario libro *La religión de la música* en su capítulo dedicado a Schumann: “Schumann es un compositor que llega directamente al corazón”. Y es muy cierto: el gremio de los “schumannianos” no es tan grande como el de los que aman a Chopin, Rachmaninof, Beethoven, etc., pero cuando te llega, fue directamente al corazón. Yo sentí amor a primera oída con Schumann. Desde que de niña tocaba la *Melodía en do* o *El alegre campesino* (de *El álbum de la juventud*) me prometí llegar a tocar la obra completa, cosa que no logré, por supuesto. El único que toca toda la obra es Jörg Demus, que la tiene grabada en 14 discos con Deutsche Grammophon, además de los tres conciertos para piano y música de cámara.

Pero mi pasión por Schumann me llevó a asistir al Schumannfest de Dusseldorf que tenía lugar del 5 al 20 de mayo. Yo pertenezco a la Sociedad Schumann de Düsseldorf desde hace unos quince años. Fui invitada a pertenecer a ella por su fundadora y presidenta la



Javier Anzures

Dra. Gisela Schäfer, con quien me presentó Jörg Demus como “otra schumanniana”. Inmediatamente se identifica uno en el gremio. En ese tiempo fui invitada como crítica de música a los festivales y me pagaban hasta el avión, hotel, viáticos, etc. Ahora ya son otras personas y otra organización, pero el alma de Schumann sigue ahí. Dusseldorf es la última ciudad en la que Schumann vivió. Ahí llegó en 1850 para ocuparse de dirigir la orquesta. Poco después empezó a tener los síntomas de locura que lo atormentaron hasta su muerte seis años después. Fue ahí en Dusseldorf donde se arrojó al Rhin en un intento de suicidio.

Yo dejé de asistir a los festivales por problemas de calendario, a pesar de todas las facilidades y atenciones que me daban, pero este año pensé que tenía que estar

presente en alguna forma con Schumann. Fui sólo cuatro días, pero esta vez ya no hubo pago de hotel ni nada, excepto los boletos de prensa.

Los primeros días del festival fueron los más trascendentes, pues tocó Ivo Pogorelich un recital y un concierto con orquesta dirigido por Daniel Barenboim y tocando él mismo el primer Concierto en do mayor de Beethoven. Yo no podía estar en esas fechas. Tuve que escoger cuatro días de acuerdo a mis compromisos en México y me tocaron cosas interesantes, otras curiosas y otras francamente snobs. Me estrené con una “Nachtwanderung” que consistía en una especie de Ralley en donde había varios conciertos a la vez y uno tenía que ir corriendo de uno a otro. El primero se llamaba “just for one” y te explicaban que te daban un

número y en ese orden pasabas a escuchar un micro-concierto (de cinco minutos) que era exactamente “just for you”. Entrabas en un gran salón donde había un piano y un sillón dorado iluminado con un reflector. Era para ti, tú eras la figura principal. Salía un pianista con partitura en mano, le aplaudías y se sentaba a tocar para ti dos corales de El álbum de la juventud, que ni siquiera se aprendió de memoria. Aplaudías, él daba las gracias y se iba. Pasaba el siguiente privilegiado y creo que tocaría el mismo repertorio. No sé.

De ahí corrí a buscar la ubicación de los otros teatros y escuché un recital de Lied que se titulaba “El ciclo más largo de los románticos: El regreso”. Eran lieder de Schumann (aunque no estaba escrito en el programa) con los más desconocidos del autor. El tenor era Markus Schäfer, con una voz ligera muy bonita, acompañado por Christian Bryn al piano. De ahí había que escoger entre otro recital con lieder de Schumann y otro con música contemporánea al cual me metí por error; llovía y entré a lo primero que me encontré. Un buen conjunto integrado por miembros de la Sinfónica de Colonia y un clarinete bajo muy notable y según me di cuenta, muy famoso en Alemania, llamado Michael Riessler. Ahí se podía beber y entrar y salir a voluntad. Por desgracia yo me quedé.

Mientras tanto en las mañanas de sábado y domingo pude ver las Marionetas rusas Kukolnii Dom presentando un día el cuento de Cenicienta y el otro el Carnaval Op. 9 de Schumann, muy buenos. El público era infantil, excepto los papás y yo.

Mi segundo día fue una representación muy original con combinación de drama y concierto con el Schönberg Ensemble y la actriz Barbara Sukowa, obra original de Reimbert de Leeuw titulada Im wunderschönen Monat Mai, que es el nombre del primer lied del ciclo “Dichterliebe” de Schumann. Incluía tres veces siete lieder de Schumann y Schubert. Cosa curiosa, pues la actriz, excelente para el drama, actuaba y cantaba, y

aunque las actrices generalmente no cantan bien, en este caso sí y lo combinaba con recitativos. Algo de lo más interesante fue la actuación del Erbkönig (El rey de los alisos) del joven Schubert de 17 años y una de sus obras maestras, porque son tres personajes los que intervienen: el padre, el niño moribundo y el rey de los alisos o sea la Muerte. Espectáculo raro, original y de mucha calidad. Estuvo dirigido el conjunto por Cherry Duyns y al piano el mismo creador de la obra. Además de su idea, realizó los arreglos orquestales de los lieder, encadenados con mucha creatividad.

El tercer día fue un recital, para mí lo mejor, tal vez porque escuchamos un auténtico recital de lied con un magnífico tenor: Werner Güra con lieder de Mozart, Schubert y Schumann, esto último consistió en el bello Liederkreis Op. 39. Una voz tersa y expresiva la de Güra, acompañado magníficamente por el pianista Christoph Werner.

El último día escuchamos a la Orquesta Rheinklang con Martín Schmeding en la dirección y como solista el pianista Tobias Koch interpretando el Concierto No. 1 para piano y orquesta de Norbert Burgmüller. La obra es una “rarité”, pues no creo volver a escucharla nunca más, pues como ya digo, aquí poco se le conoce. Pero por contraste con sus Piezas para principiantes, ésta es una obra de gran virtuosismo; mucho ruido y pocas nueces, pues pertenece al género muy en boga en ese tiempo de hacer alardes de técnica.

Además interpretaron la Obertura La novia de Messina de Schumann, la Marcha fúnebre Op. 103 de Mendelssohn y la Sinfonía Renana No. 3 de Schumann, obra compuesta en Dusseldorf.

Aproveché una mañana para dar salto a Bonn a 50 minutos en tren y visitar la casa de Beethoven, ahora protegido el teclado con una tapa de plástico, probablemente desde que la Sra. Carmen Romano se aventuró en su visita a sentarse y tocar. 🎹